

## PARTE CUARTA.

*Una felicidad pura, suma é inmortal, no puede hallarse fuera de Dios.*

520. Para no repetir demostraciones, y ménos de una verdad tan clara y conocida, nos basta decir tres palabras y remitir á nuestros lectores á la página 299. §§ 444 y siguientes hasta el 456 inclusive, donde hemos recorrido algunos hechos, para probar que la felicidad verdadera no se encuentra ni puede encontrarse en la tierra, ni en ninguna de las épocas de la vida. En efecto, hemos probado que durante la mansion del hombre sobre la tierra, está sujeto á la alternativa de placer y dolor, como á una lei precisa y universal: en segundo lugar, que no existe ni ha existido nunca ninguno que haya logrado reunir en su corazon todos los placeres consiguientes á la posesion de todos los bienes imaginables; en tercero y último lugar, que aun cuando se llegase á conseguir tal suma de bienes, no por esto seria feliz el hombre, puesto que habia de perder estos goces con la muerte, pues al descender al sepulcro, dejan de existir para él todos los bienes, goces y placeres de la vida humana. De lo primero se infiere que en esta no puede haber una felicidad pura, de lo segundo que no puede haber una felicidad suma, y de lo tercero, que no puede haber una felicidad inmortal; con lo cual queda plenamente demostrada nuestra proposicion.

521. Podria decirse que no siendo los bienes y goces de la vida los únicos, tampoco basta lo expues-

to en el párrafo anterior, para convencernos de que fuera de Dios no puede hallarse la felicidad; pero esta objecion no tiene lugar, si se reflexiona bien sobre los motivos ó razones que manifiestan la incapacidad que tienen los bienes de la vida para constituir la verdadera felicidad. Quanto ha sido criado es por su naturaleza finito, imperfecto, contingente, y por tanto léjos de proporcionar un bien puro, no está en su poder evitar el concurso de los males que provengan de su misma naturaleza, ó de otro principio extraño á su existencia y fuera de su dominio: léjos de contener en sí la suma de los bienes, es apénas una fraccion imperceptible del gran todo que constituye al universo: léjos de asegurar á nadie contra la muerte, ha menester de que Dios lo conserve, para no sucumbir. Tales son los caracteres de todo lo criado, y por lo mismo es imposible hallar en él una felicidad pura, suma é inmortal; y como fuera de lo criado no existe mas que Dios, hemos afirmado que fuera de Dios no puede hallarse una felicidad pura, suma é inmortal; felicidad que traspasa con mucho los límites de lo criado y se pierde en la region de lo infinito; felicidad que todo lo comprende, todo lo afirma, todo lo conserva; felicidad perfectísima, infinita, y que por tanto solo puede encontrarse en Dios.

## PARTE QUINTA

*Una felicidad pura, suma é inmortal se halla precisamente en Dios.*

522. En los párrafos 320 y 21, página 220 de



este tomo, probámos que Dios es infinitamente perfecto, idea cuyo desarrollo dimos en todos los párrafos comprendidos en la segunda parte de la seccion 2.ª, que trata de los atributos de Dios. Esto es lo que basta para reconocer á este Ser infinitamente perfecto como el centro de la verdadera felicidad. De él emanan por comunicacion, y en él residen por esencia todas las perfecciones, todas las verdades, todos los bienes existentes é imaginables. El solo puede dar al entendimiento que ha criado á su imágen aquella intuicion purísima que descubre en un instante cuanto és, y cuanto puede ser, la naturaleza de los seres, la esencia de las cosas, la verdad en toda su extension infinita. „En él veo yo, dice Bossuet, estas verdades eternas; y verlas, es convertirme á aquel que es inmutablemente toda verdad, y recibir sus luces.” En efecto, sin esa luz indeficiente, que de continuo emana de la soberana inteligencia del Ser Supremo, es imposible descubrir la verdad en su genuino carácter y en toda su extension. Acá en la tierra se fatiga el sabio por descubrirla; y al cabo de seis mil años de profundas investigaciones, apenas columbramos algunos puntos luminosos del gran todo; miéntras el resto se nos escapa, ó para mejor decir, se nos oculta profundamente bajo el tenebroso velo de la razon humana. ¿Quién podrá lisonjearse de haber descubierto aquella relacion misteriosa que une desde la eternidad y para siempre, lo pasado, lo presente y lo futuro, lo existente y lo posible, y que puede mirarse como el gran secreto de la Verdad? ¿Qué son los conocimientos del hombre, para triunfar de los misterios de su misma na-

turalaleza, de los secretos del mundo físico, y de los arcanos augustos del Criador? Abrimos las páginas de la historia de la Filosofía, visitamos los monumentos antiguos, que el tiempo ha respetado para no tocar la gloria de los primeros filósofos, recorremos con avidéz las escuelas modernas; y despues de habernos perdido innumerables veces en el abismo de la duda, en el laberinto de las probabilidades, en el tumulto de los sistemas y en el caos de los errores, descubrimos apenas cierto número de verdades, que comparadas con todo lo que ignoramos, aparecen como un punto en la inmensidad del espacio. ¿Cuál es pues el sujeto en quien reside la verdad, el oceano de luz que ha de disipar las tinieblas de nuestra inteligencia? „Este objeto eterno, dice el autor citado, es Dios; eternamente subsistente, eternamente verdadero, eternamente la verdad misma.”(1) Convengamos pues en que Dios reúne una plenitud de verdad pura como su esencia, y eterna como su duracion; y por consiguiente que en él reside la verdad pura, la verdad suma, la verdad eterna, y por lo mismo una verdad suficientísima para satisfacer el entendimiento humano.

523. Siendo el bien el objeto de la verdad, es claro que Dios lo comprende del mismo modo que la verdad que posee. Comprenderlo y amarlo es para él una misma cosa; amarlo y poseerlo es tambien lo mismo para él: porque una voluntad perfectísima como la suya, no puede dejar nunca de amar

(1) BOSSUET *Connoissance de Dieu et de soi-même. Tom. 15 de sus obras, ed. de Paris 1826.*



un bien perfectísimo; y una voluntad omnipotente como la suya no puede tardar un momento solo en poseerla. Atendiendo á su esencia soberana, nos es imposible descubrir en las fracciones mínimas del tiempo una sola que separe los actos de conocer, de amar y de poseer; y por consiguiente, conocido el bien eterna é inmutablemente, lo ama tambien y lo posee desde la eternidad y por siempre, y pudiendo decirse á la letra, que no solo es infinitamente verdadero sino que es la verdad misma, debe afirmarse por igual razon, que no solo es infinitamente poseedor del bien, sino que es el bien mismo. Resulta de lo expuesto que en Dios reside un bien purísimo como su verdad, sumo como su verdad, eterno como su verdad; un bien, ántes del cual no hai otro bien, despues del cual no hai otro bien, sin el cual no hai ningun bien; un bien por último sufficientísimo á llenar los vacíos inmensos de la voluntad.

524. No siendo la felicidad otra cosa que el sentimiento que inspira en el alma la posesion de un bien, y debiendo el efecto ser proporcionado á la causa, claro es que este sentimiento reunirá los mismos caracteres existentes en la causa que lo produce. De aquí resulta que la posesion de Dios vale tanto como la posesion de un bien puro, sumo é inmortal, y por consiguiente, como el goce de una felicidad pura, de una felicidad suma, de una felicidad inmortal; y por última consecuencia, que Dios es el fin del hombre.

## CURSO

DE

JURISPRUDENCIA UNIVERSAL.

## TRATADO PRELIMINAR.

## Observaciones generales sobre el hombre.

SECCION QUINTA.

*De la primera lei, y sus inmediatas consecuencias.*

525. Aunque el hombre reconoce por último fin el goce de la felicidad perfecta, como lo hemos demostrado en la seccion anterior, y aunque este fin se descubre con solo examinar su naturaleza; no por esto se dirige á él necesariamente. Dotado de libertad, es dueño de abrazar la felicidad sólida, ó de apartarse de ella siguiendo los impulsos de su corazon hácia los goces reprobados y los bienes quiméricos de la vida. Durante esta, permanece una